

Joaquín Costa y el excursionismo, o la paradigmática consideración de salir de viaje al menos una vez en la vida

VÍCTOR MANUEL LACAMBRA GAMBÁU¹

El **viaje** forma parte intrínseca del ser humano. Ya desde la antigüedad la necesidad o el deseo de viajar se encuentran en nuestra genética ancestral. De los primigenios viajes a la actual industria turística, conviene realizar un repaso de algunos antecedentes de interés. En el caso concreto español, en la **segunda mitad del siglo XIX** se puede destacar la labor realizada por el polígrafo altoaragonés **Joaquín Costa**, que defendió y promovió desde la Institución Libre de Enseñanza las ventajas del excursionismo. Los principios fundamentales del **regeneracionismo**, tales como el énfasis en la mejora nacional y la necesidad de comprender las realidades del país y promover su progreso, presentan una notable convergencia conceptual con las motivaciones que impulsaron el movimiento excursionista y un naciente interés por el turismo. Así, al igual que en otros países europeos, se produjo en España un creciente desarrollo de los viajes de placer y las excursiones organizadas, estrechamente ligado al auge de la burguesía y a los significativos avances en los medios de transporte, especialmente el ferrocarril. Si bien la **sociología del turismo** como disciplina académica formal no emergió hasta décadas posteriores, en este periodo ya existían reflexiones incipientes sobre los viajes y su impacto en la sociedad. El análisis de la obra de Costa con la perspectiva de estos desarrollos posteriores puede revelar si sus ideas anticiparon o contribuyeron indirectamente a la formación de estos campos de estudio.

Travel is an intrinsic part of being human. Since ancient times, the need or desire to travel has been part of our ancestral genetics. From the earliest journeys to today's tourist industry, it is worth reviewing some interesting antecedents. In the specific case of Spain in the **second half of the 19th century**, we can highlight the work of the Altoaragonese polymath **Joaquín Costa**, who championed the benefits of walking in his role at the Institución Libre de Enseñanza. The fundamental principles of **Regenerationism**, such as the emphasis on national improvement and the need to understand the realities of the country, mesh remarkably well with the motivations that drove the hiking or rambling movement and the nascent interest in tourism. During this period, Spain, like other European countries, experienced a growing interest in leisure travel and organised excursions, closely linked to the rise of the bourgeoisie, as well as to the significant advances in transport, especially the railways. Although the **sociology of tourism** did not emerge as a formal academic discipline until later decades, writers in this period were already beginning to consider travel and its impact on society. Analysing Costa's work through the lens of these later developments may reveal whether his ideas contained elements that anticipated or indirectly contributed to the formation of these fields of study.

1 Doctor en Sociología por la Universidad de Zaragoza. ORCID iD 0000-0003-0854-4232. vlacambra@unizar.es

[...] Yo no he educado a mi Emilio para desear ni para sufrir, sino para disfrutar, y cuando extiende sus deseos más allá de lo presente, nunca es con un ardor tan impetuoso que le amargue la lentitud del tiempo. No solo gozará del placer de desear, sino del de acercarse al objeto deseado, y sus pasiones son moderadas de tal forma que siempre está más donde se encuentra que adonde irá. De esta forma no viajamos como postillones, sino como viajeros; no solo pensamos en llegar, sino en la distancia que recorreremos. El mismo viaje es una diversión para nosotros; no lo hacemos con resignación, y como encerrados en una jaula, ni con la indiferencia y el abandono de las mujeres. No nos privamos del cielo, ni de lo que nos rodea, ni de contemplarlo todo a nuestro antojo. Emilio nunca se metió en un coche ni cogió la posta si no tenía prisa. ¿Y qué es lo que puede dar prisa a Emilio? Solo una cosa: gozar de la vida. ¿Añadiré hacer bien cuando pueda? No, porque eso también es disfrutar de la vida.

Supongamos que mientras estoy estudiando con mi alumno el curso del sol y el modo para orientarse, de pronto me interrumpe preguntándome para qué sirve eso. ¡Qué razonamiento más elocuente le voy a ofrecer! ¡Cómo voy a aprovecharme de esta ocasión para que aprenda una porción de cosas en la respuesta a su pregunta, especialmente si hay quien presencie nuestra conferencia! Le hablaré de la utilidad de los viajes, de los beneficios que proporciona el comercio, de las producciones peculiares de cada clima, de las varias costumbres de los pueblos, del uso del calendario, de la computación de la vuelta de las estaciones para la agricultura, del arte de la navegación, del modo de dirigirse en el mar y seguir con puntualidad su camino sin saber uno dónde está; mezclaré en mi explicación la Política, la Historia Natural, la Astronomía y hasta la Moral y el Derecho de gentes, para que mi alumno tenga una alta idea de todas estas ciencias y un gran deseo de aprenderlas. Cuando le haya dicho todo esto, habré hecho el alarde de un verdadero pedante, y él no habrá comprendido ni siquiera una palabra. Le quedarían ganas de preguntarme, como antes, para qué sirve orientarse, pero no se atreve debido a que teme que me enfade; le tiene más cuenta fingir que ha entendido lo que le han obligado a escuchar. Así se hacen las brillantes educaciones.

Emilio, o De la educación, libros v y iii
Jean-Jacques Rousseau (1762)

INTRODUCCIÓN

Viajar es una de las más antiguas necesidades y experiencias del ser humano. Se manifiesta en las pinturas rupestres, como formas preliterarias que podían describir rutas de caza o tener significados simbólicos relacionados con el movimiento y el territorio, al igual que posteriormente en obras como el *Poema de Gilgamesh*, que narra la búsqueda de la inmortalidad, o la *Odisea*, atribuida a Homero, centrada en el retorno del héroe a su hogar. Ambos libros muestran los límites del mundo conocido y lo divino. La Biblia o el Corán juegan un papel estructurante de muchos géneros literarios posteriores y, propiamente, del concepto de *viaje* como signo de existencia, como experiencia del intelecto o del ánimo o como fuente de conocimiento.

El viajero, en su mayoría, conoce de antemano el país al que viajará, se ha documentado sobre sus costumbres y su lengua y lo ha imaginado a través de lecturas de otros viajeros, aunque siempre buscará un punto de vista diferente y estará, además, condicionado por sus ideas y sus prejuicios. El libro de viajes se convierte, por tanto, en la interpretación del lugar al que se va y la difusión colectiva de esas experiencias y observaciones mediante su publicación, acompañada en muchas ocasiones de mapas, dibujos, grabados o fotografías. En la Antigüedad clásica se pueden encontrar otras motivaciones como la investigación histórica y etnográfica (*Historias*,

de Heródoto); la vida misma se concebía como un viaje, una peregrinación hacia Dios (Castro, 2016). En esta cosmovisión el viaje físico, especialmente la peregrinación a lugares santos como Jerusalén, Roma o Santiago de Compostela, adquiría una profunda significación espiritual. Era una práctica devocional fundamental, vista como un acto de penitencia, una búsqueda de purificación y redención y una forma de acercarse a lo divino. De igual forma, en el mundo islámico medieval la *rihla* combina el deber religioso del *Ḥaġġ* con una valorada búsqueda de conocimiento secular (*‘ilm*) y, en casos como el de Ibn Battuta, con la experiencia mundana y la construcción de una carrera profesional a través de las redes del saber islámico (Casani, 2021).

Desde el Medievo español se pueden localizar abundantes publicaciones de viajes de diverso tipo y configuración. El anónimo *Libro del conocimiento*, de 1390, es considerado el primer libro de viajes escrito originalmente en lengua castellana. Es un testimonio de singular amalgama temática donde se conjuga la narración de un fingido periplo por tierras europeas, africanas y asiáticas con ornamentación heráldica e ilustraciones de seres insólitos. Asimismo, en la obra se concentran los principales conocimientos libresco del momento, que comprenden desde las teorías seudocientíficas sobre el clima y la geografía terrestre hasta la descripción de razas extraordinarias. Sofía M. Carrizo (1993: 81-82) cita la primera edición en castellano del *Libro de las maravillas*, de Marco Polo, que se realiza en 1503 en Sevilla, así como las siguientes: *El libro del infante D. Pedro de Portugal*, publicada alrededor de 1515 también en Sevilla; la primera edición castellana que se conserva del *Libro de las maravillas del mundo*, de Juan de Mandeville, de 1521; la *Tribagia*, de Juan del Encina, impresa en 1521 en Roma y en los años 1580, 1606 y 1608 en Lisboa; un libro hispanosemítico, el *Itinerario*, del rabino Benjamín de Tudela, traducido al latín por el hebraísta salmantino Benito Arias Montano y publicado en Amberes en 1575; un hito importante en esta cronología, el año 1582, en el que Gonzalo Argote de Molina edita uno de los libros de viajes más interesantes de la Edad Media española, la *Embajada a Tamorlán*; por último, el libro más importante del corpus, *Andanzas y viajes*, de Pedro Tafur, conservado a través de un manuscrito del siglo XVIII copia de un original de hacia mediados del XVI y que aparece citado por Ambrosio de Morales, Argote de Molina, el abad de Rute, el jesuita Alfonso García o Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Vetus*.

Tras el descubrimiento del Nuevo Mundo, los viajes no solo se pueden entender como conquista de territorios, como una aventura, sino que comienzan a adquirir una trascendencia que alcanza a la razón, al centro neurálgico del ser de la persona. En 1597 Francis Bacon comenzó a publicar sus *Essays*, una serie de ensayos entre los que cabe destacar aquí el número XVIII, “Of Travel”, aparecido en 1625, que, dirigido especialmente a jóvenes aristócratas británicos, conforma una suerte de decálogo de motivaciones, sugerencias, obligaciones y objetivos que todo viajero debía marcarse tanto *a priori* como *a posteriori*. Para el filósofo británico, este periplo a través de Europa podía considerarse el broche final de la formación académica de los jóvenes aristócratas, convirtiéndose, a su vez, en una valiosa experiencia que les ayudaría a afrontar con éxito la futura vida política que les aguardaba tras su regreso. En cierto modo, el pensamiento filosófico de Bacon forma parte de los pioneros del Grand Tour (Suárez, 2011-2012):

Los viajes por países extranjeros constituyen en la primera juventud una parte de la educación, y en la edad madura una parte de la experiencia; pero de un hombre que emprenda su viaje antes de

saber algo de la lengua del país que quiere visitar se puede decir que va a la escuela, y no que va a viajar. Yo quisiera que un joven no viajase sino bajo la dirección de un tutor instruido y de intachables costumbres que, además de haber recorrido anteriormente el país a donde se propone ir, supiese la lengua y se hallase en estado de indicar cuáles son en ese mismo país los objetos que merecen llamar la atención de un viajero estudioso, qué relaciones debe contraer y en qué grado de intimidad, y qué ciencias y artes han llegado a cierto punto de perfección; porque, de otro modo, fácilmente ocurriría que un joven viajaría con los ojos cerrados y, aunque fuera de su casa y lejos de su patria, no vería nada nuevo. (Bacon, 1870: 123-124)

Otro escritor influyente, Thomas Coryat, relató en 1611 en *Coryat's Crudities* sus avatares viajeros. Por su parte, Lord Granspeare dio en 1636 diversas referencias de los viajes que tenían como destino Italia, y también el sacerdote católico Richard Lassels, autor de *The Voyage of Italy*, publicado en 1670, en el que, según el *Oxford English Dictionary*, aparece por vez primera la expresión Grand Tour como una guía de referencia de estos viajes, donde se señalan recomendaciones y datos de utilidad sobre la importancia que tenía incentivar a los jóvenes en este tipo de viajes.

En el siglo XVII, con estas referencias, el Grand Tour ya tenía una gran aceptación y se practicaba con regularidad. Llegó a ser un paso casi obligado socialmente en las clases acomodadas, si bien solo de forma excepcional se llegaba hasta Roma. Sería ya en el XVIII cuando la visita a esta ciudad se convirtiera en imprescindible, ampliándose hasta Nápoles y otras localidades del sur de Italia.

Siguiendo a Carmelo Pellejero y José Joaquín García Gómez, estas experiencias viajeras no estuvieron exentas de críticas. En *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, publicada en 1776, el economista Adam Smith afirmaba:

En Inglaterra y en otros países se ha ido introduciendo cada día más la costumbre de hacer viajar a los jóvenes por naciones extranjeras, luego que salen de la escuela pública, sin obligarles precisamente a que busquen alguna universidad de reputación. Se dice allí vulgarmente que la juventud vuelve de este modo a su patria con instrucción completa. Un joven que sale de su patria a los diez y siete o diez y ocho años, volviendo a ella a los veintiuno o veintidós, lo que podrá traer serán tres o cuatro años más de edad, pero de aprovechamiento ninguno. Lo que generalmente suele adquirir en el transcurso de sus viajes es el conocimiento de uno o dos idiomas extraños, y aun estos con mucha imperfección, pues regularmente ni puede hablarlos, ni escribirlos con propiedad. En cuanto a lo demás, vuelve a casa de sus padres más presuntuoso, más inmetódico en sus principios, más disipado en sus costumbres y más incapaz de una aplicación seria al estudio y a la negociación civil, todo lo cual, acaso, lo hubiera conseguido no saliendo de su casa en aquella edad. (Pellejero y García, 2022: 33-34)

En los orígenes, el Grand Tour se entendía como la culminación de la educación de los jóvenes de clases altas de Inglaterra y Francia, especialmente durante el siglo XVIII. Estos jóvenes eran enviados a Europa durante meses o años al cuidado de un tutor, que solía ser un clérigo o compañero de universidad. La mayor parte de los estudios de estos jóvenes parece ser que podrían haber sido en su mayoría sobre lenguas, literatura e historia de la Grecia clásica y de Roma. El viaje ilustrado, de acuerdo con su sentido racionalista, era un viaje totalmente planificado, con una motivación filosófica y un planteamiento concreto, pasando por varias etapas y

objetivos sucesivos con el fin de realizar una memoria final razonada. Según el filósofo alemán Friedrich Nietzsche:

Por eso, a quien aquí haya aprendido a reconocer el sentido de la historia, le ha de molestar profundamente observar a todos estos viajeros curiosos o pedantes micrólogos escalar sobre las pirámides de los grandes pasados; allí donde busca las incitaciones a la emulación y a la superación de uno mismo, no desea encontrarse a ese ocioso que, ansioso de distracciones o de sensaciones, vaga de un lado a otro como por entre los tesoros artísticos guardados en una galería. Para que el hombre activo, en medio de estos ociosos débiles y desesperanzados, en medio de estos aparentes hombres activos —en realidad, compañeros excitados y ruidosos— no se desanime y sienta hastío, ha de interrumpir la marcha hacia su meta, mirar detrás de sí y tomar aliento. Una meta que es alguna dicha, quizá no la suya propia, a menudo, incluso, la de un pueblo o la de toda la Humanidad. Así, mediante la utilización de la Historia, logra escapar de la resignación. En general, no recibe ningún salario, excepto, quizá, la gloria, es decir, la expectativa de ocupar un sitio de honor en el templo de la historia, donde él mismo puede ser maestro, consuelo y advertencia. Pues su mandamiento reza así: lo que fuera capaz una vez de dar una mayor dimensión y una realidad más hermosa al concepto “hombre” ha de estar también eternamente presente, tiene que ser posible eternamente. (Nietzsche, 2000: 50)

El viaje ilustrado, según las teorías de Rousseau, tiene como principal motivación el conocimiento del propio hombre. Es por ello por lo que también deriva de esta una segunda motivación, la de viajar para ilustrarse, para conocer las relaciones de los hombres entre ellos y alcanzar un mayor nivel en el conocimiento y, por ello, en la razón. Se trata de la adquisición de un conocimiento basado en la experiencia, de la percepción en primera persona de los acontecimientos o lugares. En esencia, la justificación de los viajes se fundamenta en el descubrimiento introspectivo, sin filtros. Se identifican también sus riesgos, que consisten en partir para verificar por uno mismo cómo corresponde el país visitado a la idea previamente concebida antes de visitarlo. En palabras de Michel Onfray, en su *Teoría del viaje*:

Entre el deseo de encontrar allí encarnados los lugares comunes con los cuales uno había colmado su pensamiento y el de situarse en una tierra absolutamente virgen, existe un término medio: supone un arte de viajar inspirado por el perspectivismo nietzscheano: nada de verdades absolutas, sino verdades relativas, [...] nada de instrumentos comparativos que imponen la lectura de un lugar con las referencias de otro, sino la voluntad de dejarse llenar por el líquido local, a la manera de los vasos comunicantes.

[...]

El viaje supone una experimentación sobre uno mismo que remite a los ejercicios habituales entre los antiguos filósofos: ¿qué puedo saber acerca de mí mismo? ¿Qué puedo aprender y descubrir a propósito de mí si cambio de lugares habituales, de señas y modifico mis referencias? ¿Qué queda de mi identidad a raíz de la supresión de las ataduras sociales, comunitarias, tribales, cuando me encuentro solo, o casi, en un entorno que si no es hostil es cuando menos inquietante, preocupante, angustiante? ¿Qué subsiste de mí ser a partir de la sustracción de mis apéndices gregarios? ¿Qué hay del núcleo duro de mi personalidad ante una realidad sin rituales o conjuraciones constituidas? El gran rodeo por el mundo le permite a uno reencontrarse consigo mismo, tal y como, en nosotros mismos, nos conserva la eternidad. (Onfray, 2016: s. p.)

Para finalizar esta reflexión, traemos dos citas de Nietzsche procedentes de *Así habló Zaratustra* y de *El viajero y su sombra*:

Ya era medianoche cuando Zaratustra se puso en camino por lo alto de la sierra de la isla con el propósito de llegar al alba a la otra orilla, donde pensaba embarcarse. Disponía esta orilla de una cómoda rada donde los barcos extranjeros solían anclar y admitían a bordo a quien quisiera abandonar las islas felices. Mientras Zaratustra subía por la ladera de la montaña, iba pensando en las numerosas caminatas solitarias que había realizado desde su juventud y en las muchas montañas, sierras y cumbres que ya había escalado. “Soy un caminante y un trepador de montañas —dijo a su corazón—; no me agradan las llanuras y se me ocurre que no puedo permanecer tranquilo mucho tiempo. Y cualquiera que fuere mi destino, sea el que fuere el suceso que me acontezca, siempre será para mí un viaje y una ascensión: acaba por no vivirse más que lo que está en uno. Pasaron los tiempos cuando podía esperar los acontecimientos de la casualidad. Mas ¿qué podría acontecerme que ya no me pertenezca? Mi propio yo retorna constantemente, está de regreso y he aquí a todas sus partes que tanto tiempo estuvieron alejadas y dispersas entre todas las cosas y todos los azares. Además, sé una cosa: ahora estoy en mi última cumbre y ante lo que ha sido escatimado tanto tiempo. ¡Ay, es preciso que siga el camino más duro! ¡Ay, he comenzado mi más solitario viaje! Y es que hombres como yo no se escapan de tal hora, de la hora que les dice: ¡Solo ahora recorres tu camino de grandeza! ¡Ahora se confunden las cumbres y el abismo! Sigues tu camino de engrandecimiento: ¡En este momento ha venido a ser tu último refugio lo que hasta ahora era tu último peligro! [...]”.

Así se hablaba Zaratustra a sí mismo, mientras ascendía consolando su corazón con severas máximas: porque tenía el corazón más herido que nunca. Y cuando llegó a lo alto de la sierra vio el otro mar que se extendía ante él. Entonces permaneció inmóvil y quedó en silencio largo rato. En la altura, la noche era fría, clara y estrellada. Finalmente, con tristeza expresó:

“Comprendo mi destino. ¡Vamos! Estoy decidido. Ahora se inicia mi última soledad. ¡Ah, triste y negro mar que estás a mis pies! ¡Sombrio y nocturno descontento! ¡Ah, destino, océano! ¡Es necesario que descienda hacia vosotros! Me hallo ante mi más alta montaña y mi más largo viaje. Por esto es preciso que descienda más abajo de lo que jamás haya subido..., más adentro del dolor de lo que nunca he ascendido. ¡Hasta la más negra onda de dolor! Lo quiere así mi destino. ¡Pues bien! Estoy dispuesto. ¿De dónde proceden las más altas montañas? Esto me preguntaba antaño. Entonces aprendí que vienen del mar. Este testimonio está escrito en sus peñas y en las cimas de sus crestas. Desde lo más bajo debe alcanzar su cumbre lo más elevado”. (Nietzsche, 1971a: 107-109)

Quien desee, aunque solo sea en cierta medida, llegar a la libertad de la razón no tiene derecho, durante largo tiempo, a sentirse sobre la tierra más que como un viajero, y ni siquiera como un viajero hacia un objetivo final, pues no lo hay. Se propondrá, sin embargo, observar y tener los ojos abiertos para todo lo que sucede realmente en el mundo; por eso no puede ligar demasiado reciamente su corazón a nada en particular: es preciso que haya siempre en él algo de viajero, que encuentra su placer en el cambio y en el paisaje. Indudablemente, este hombre pasará malas noches, en las que se sentirá cansado y encontrará cerrada la puerta de la ciudad que debía ofrecerle un descanso; puede ser que, además, como en Oriente, el desierto se extienda hasta esa puerta, que las fieras aúllen tan pronto lejos como cerca, que se levante un viento violento, que unos bandidos le roben sus acémilas. Tal vez entonces la noche espantosa descienda sobre él como un segundo desierto sobre el desierto, y su corazón se sentirá cansado de viajar. Aunque se eleve entonces el alba para él, ardiente como una divinidad encolerizada; aunque la ciudad se abra, verá acaso en los rostros de sus habitantes aún más desierto, suciedad, trapacería e inseguridad que ante sus puertas, y el día será casi peor que la noche. Así le puede suceder a veces al viajero; pero luego vienen, en compensación, las mañanas deliciosas de otras comarcas y de otros días donde desde el rayar del día ve en la bruma de los montes los coros de las Musas adelantarse bailando a su encuentro; donde luego, cuando apacible, en el equilibrio del alma de las mañanas, se pasee bajo los árboles, verá desde sus cimas y sus frondas caer a sus pies una abundancia de cosas buenas y claras, las ofrendas de todos los espíritus libres que están en su casa en medio de la montaña, del bosque y de la soledad, y que, como él, a su manera tan pronto reflexiva como gozosa, son viajeros y filósofos. Nacidos de los misterios de la mañana temprana, piensan en qué puede dar el día, entre la décima y la duodécima campanada, una faz tan pura, tan luminosa, tan radiante de claridad: buscan la filosofía de la mañana. (*Idem*, 1971b: aforismo 638)

El final de la práctica del Grand Tour coincide con la terminación del siglo XVIII. Las causas se dan, sobre todo, por el estallido de la Revolución francesa y las guerras napoleónicas. En lo que se refiere a España, el Grand Tour, o el viaje ilustrado, no tuvo especial desarrollo, lo cual no significa que nuestro país no recibiera viajeros, sino que los recibió en un porcentaje mucho menor que otros países (especialmente, Italia) y bajo otras premisas. Esto se debe en gran parte a la imagen que ya se venía cultivando en Europa siglos atrás que tachaba de ignorante a la sociedad española, considerada muy supersticiosa y fanática católica. No obstante, algunos viajeros buscan la justificación de sus prejuicios, otros la valoran positivamente. Algunos de ellos son Antonio Ponz, en su *Viaje de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*, editado en 1772; Richard Twiss, quien publicó *Travels through Portugal and Spain in 1772 and 1773*; Jean-Marie-Jérôme Fleuriot, en su *Voyage en Espagne*, de 1785; Alexander von Humboldt, que relató en su *Diario de viaje a España* el realizado entre 1799 y 1800; Alexandre de Laborde, en su *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, publicado entre 1806 y 1820, o James Cavanah Murphy, que editó sus *Arabian Antiquities of Spain* entre 1813 y 1816.

El siglo XIX dará entrada a una nueva concepción del viaje por la que se transforma en una experiencia personal. Se trata de viajar conservando siempre una visión rigurosa y a la vez exaltada del mundo, según Alexander von Humboldt, que explica la filosofía en torno al viaje. Se impone una nueva concepción de la naturaleza en la que los sentimientos ganan espacio; así, lo subjetivo, lo estético y lo sentimental cobran peso frente a las descripciones medidas del siglo XVIII. A ello se añade al auge de la burguesía, que disponía de mayor tiempo libre y recursos económicos, así como a los significativos avances en los medios de transporte, especialmente el ferrocarril.

El viajero del siglo XIX reinventa los lugares, los reconstruye a través de sus impresiones. La libertad exige el retorno a la naturaleza en contraste con la vida en las ciudades propia de la época. El viajero de este siglo intentará encontrar esas experiencias en lugares apartados, lo que, unido a los nuevos ideales estéticos, hace que España pase a formar parte de los itinerarios favoritos durante el Romanticismo. Los viajeros ingleses y franceses, en su mayoría, nos visitan con una idea bastante estereotipada. George Borrow (*The Bible in Spain*, de 1843), Richard Ford (*A Handbook for Travellers in Spain*, de 1845), Prosper Mérimée (*Lettres d'Espagne*, de 1831-1833), Théophile Gautier (*Voyage en Espagne*, de 1845) o Alexandre Dumas (*De Paris à Cadix: impressions de voyage*, de 1847) son algunos de los más destacados.

Asimismo, durante estos años España atraviesa una etapa de convulsión y decadencia, y hay una necesidad de ver y mirar fuera de nuestras fronteras. Los relatos de viaje de importantes escritores, políticos y periodistas españoles como Ramón de Mesonero Romanos (*Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica*, de 1840-1841), Pedro Antonio de Alarcón (*De Madrid a Nápoles*, de 1861), Emilio Castelar (*Recuerdos de Italia*, de 1872 y 1876, y *Un año en París*, de 1875), Emilia Pardo Bazán (*Mi romería*, de 1888; *Al pie de la torre Eiffel*, de 1889; *Por Francia y por Alemania*, de 1890; *Por la España pintoresca*, de 1895; *Cuarenta días en la Exposición*, de 1900, y *Por la Europa católica*, de 1901), Sinesio Delgado (*España al terminar el siglo XIX: apuntes de viaje*, de 1897) y Ángel Ganivet (*Cartas finlandesas*, de 1898) nos ofrecen las impresiones de los lugares visitados y la visión que cada uno de ellos tuvo de España.



Vista general de la población pirenaica de Hecho. (Fototeca de la Diputación Provincial de Huesca.
Foto: Ricardo Compairé, primer tercio del siglo xx)

EL PAPEL DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

En España el viaje y la excursión adquieren una importancia decisiva en la perspectiva de entidades de vanguardia pedagógica como la Institución Libre de Enseñanza (ILE), que desempeñó un papel crucial en la promoción de las excursiones tanto con fines educativos como recreativos. El denominado *espíritu de Giner de los Ríos* inspiró a un grupo de intelectuales procedentes de diversos campos del conocimiento, suscitando el amor por la naturaleza y el paisaje, una imagen renovada y moderna de España atendiendo a sus valores naturales, históricos y culturales, y también a sus cualidades simbólicas, a la posibilidad de ver en ello un símbolo nacional, un símbolo de la propia historia y de la propia cultura. Viajar era, ante todo, un método de educación regeneradora.

Viajar era encontrarse directamente con la realidad radical, ponerse en contacto con la naturaleza y el paisaje, y ese encuentro configura el momento privilegiado de la educación integral del ser humano. El sentido atribuido al conocimiento de lo geográfico amplía de ese modo notablemente sus resonancias: no solo puede proporcionar algunas de las claves necesarias para llevar a cabo la regeneración de la nación, sino que ese conocimiento aparece, además, situado en el centro mismo del proyecto educativo propuesto por la ILE. Y es precisamente en

la actitud viajera donde ese conocimiento y ese proyecto encuentran el más adecuado soporte para su realización (Ortega, 1984).

La ILE obtuvo gran prestigio en España, entre otros motivos, a causa de su excursionismo pedagógico, tomado del ejemplo francés. Fue este adoptado por los institucionistas a partir de 1878, si bien el 14 de diciembre de 1876 —a los dos años de fundarse— ya se habían organizado las primeras excursiones de una larga serie. La primera la realizaron los alumnos de la escuela primaria, que visitaron el Laboratorio de Sanidad Militar. La segunda fue realizada por los alumnos de la escuela secundaria, quienes fueron al Museo de Escultura situado en el Casón del Buen Retiro. Dirigió la primera de estas excursiones el profesor Germán Flórez, y la segunda, Manuel Bartolomé Cossío. Antonio Machado y Álvarez ironiza sobre una actividad sobre la que Joaquín Costa había escrito dos años antes “Los informes redactados por los alumnos de las excursiones” y de la que el altoaragonés sería máximo impulsor en sus inicios:

Uno de los resultados más positivos de las excursiones practicadas por los alumnos de la *Institución* sobre temas y a sitios que oportunamente da a conocer el *Boletín*, es el de acostumbrar a aquellos a objetivar su pensamiento, a expresar por escrito sus ideas, a ordenar y sistematizar sus recuerdos, a reflexionar sobre ellos, y a crearse un estilo propio, que sea viva expresión de su individualidad. Los excursionistas, a seguida de cada excursión, redactan un informe acerca de lo que han visto y se les ha explicado en ella, y lo entregan al profesor que la dirigió para su corrección. Una tercera parte abraza además la excursión, complemento natural de las otras dos: el profesor, en presencia de los alumnos, va haciendo un detenido examen crítico de cada uno de los informes presentados, a fin de que puedan notar sus errores y sus omisiones y despertar más vivamente en ellos la reflexión, corrigiendo y completando las noticias retenidas por los unos con las de los otros, y en suma, reproduciendo la exposición teórica de la excursión en sentido regresivo y crítico.

En esta sección del *Boletín* se insertarán algunos de esos informes, como demostración la más acabada: 1.º del partido que se puede sacar en pro de la educación y desarrollo del espíritu, de los ratos de recreo que median entre unas y otras clases, cuando presiden a la enseñanza métodos racionales y buena voluntad; 2.º del auxilio eficacísimo que pueden prestar estos rudimentarios ensayos de los niños para fijar su vocación y sus aptitudes. Así se nota que una misma excursión ha producido memorias por todo extremo desemejantes: tal alumno presta atención tan solo a uno de los aspectos de la materia sobre que diserta, desatendiendo todos los demás como cosa baladí; tal otro se apodera únicamente de estos, y hace abstracción del que cautivó la atención de su compañero; atribuye este gran importancia al pormenor; aquel no contempla sino el conjunto sintéticamente; cuál se distingue por la clasificación y el organismo; cuál por el proceso interno de la idea; cuál otro amplifica, acudiendo a su memoria y enlazando con la materia de la excursión los conocimientos adquiridos en la vida común; y por el mismo tenor, otras diferencias no tan fáciles de apreciar. (Costa, 1880b: 6)

La ILE organizaba también excursiones invernales a diversas zonas cercanas a Madrid, como la Moncloa o la sierra de Guadarrama. La primera exploración de esta última la realizaron en 1883.

Costa mantuvo una estrecha vinculación con la institución, de la que fue nombrado profesor de Historia y de Derecho, director del *Boletín* de la institución y director de las excursiones escolares a partir de 1880, papel en el que establece de manera firme su participación práctica en el movimiento excursionista, particularmente en su dimensión pedagógica. Su rol oficial en la organización y la dirección de estas actividades revela su convicción sobre el valor de la experiencia directa y el contacto con el entorno para el aprendizaje, lo que se alinea con los principios fundamentales del excursionismo temprano.

Anteriormente, durante los veranos de 1875, 1876 y 1877, según recogió el profesor Ara Torralba (1997: 32), Costa realizaría diversas excursiones al Pirineo aragonés anotando detalles etnográficos y buscando material folclórico de literatura popular, que quedaron reflejadas en diversos escritos suyos: el *Plan de un libro sobre mis excursiones por el Pirineo* o las notas “para Soter” tituladas *En el Pirineo*, fechadas en 1875 (AHPHu, Sección Costa, caja 117, carp. 112, 18, y caja 116, carp. 111, 19). Cito a continuación unas notas de las *Memorias* costistas, tal como las refirió Luis Antón del Olmet (1917: 131-132), en las que narra algunas excursiones por el Pirineo realizadas en 1876:

Estuve nueve días en Arro, bien tratado por el bueno de Mosén Lucas; fui a cazar, subí a San Victoriano y Spelunca, tuve noticia allí de mi traslación y trabajé bastante en la “Introducción” de mi *Política de los Romanceros y Refraneros*. Estuve cinco días en Benavente tomando agua sulfurosa de Santa Lucía, cogiendo piedras (fósiles) en el barranco, trabajando en la “Introducción”, haciendo consultas, viendo la fiesta y comiendo virol. Tenían empeño que me quedase para la fiesta de Graus; pero hube de irme el 28, para llegar a San Sebastián el 30.

Costa había aprendido el “método de campo” de los recolectores de literatura popular y no de los juristas, como se revela en el mismo prólogo de *Derecho consuetudinario del Alto Aragón*, tomando el ejemplo de los literatos:

Ofrezco al pueblo aragonés una fotografía, aunque descolorida, fiel, de sus más originales creaciones jurídicas, a fin de que, viendo objetivado en ellas su propio ser, se mueva a defenderlas contra los peligros que las amenazan, y no las deje perder por negligencia y abandono, como en otro tiempo la libertad política; a los cultivadores del Derecho, de la Política y de su Historia, una aplicación de los procedimientos que han acreditado con tan brillante éxito los literatos, en la recolección de poesías, leyendas y tradiciones populares, a fin de que se persuadan que no es juicioso circunscribir sus exploraciones a las crónicas antiguas y a las doctrinas filosóficas y políticas modernas, o a herborizar en el Parnaso popular, para reconstruir la vida pasada del pueblo y penetrar su carácter íntimo, o como si dijéramos, su constitución interna, o para descubrir los principios del arte de legislar y de gobernar, menospreciando esa otra fuente caudalósima de datos para el historiador y de enseñanzas para el político, que son al propio tiempo factores integrantes de la vida nacional [...]. (Costa, 1880a: iv).

Y, por si hubiera pasado desapercibida la diferencia entre el estudio de las fuentes del derecho y las de literatura, comienza así el capítulo I de esta obra, sobre la importancia del estudio del derecho consuetudinario:

Forman un verdadero contraste literatos y jurisconsultos, en punto al conocimiento y al estudio de las creaciones populares. Al paso que los primeros se han consagrado durante todo este siglo, con un afán digno de todo encomio, a recoger los infinitos monumentos literarios, hijos de la fantasía colectiva, que había atesorado en el archivo viviente de la tradición oral la anónima musa de las nacionalidades históricas, diríase que los jurisconsultos habían hecho gala de desconocer las instituciones y costumbres con que la razón espontánea y original de nuestro pueblo ha corregido los vicios o llenado los huecos de las legislaciones exóticas, que por vicisitudes de los tiempos se le impusieron (1).

(1) Este contraste se hace manifiesto comparando el número contadísimo de obras sobre derecho consuetudinario que han visto la luz en nuestro siglo, con la riquísima literatura que la crítica de la presente centuria ha consagrado a la poesía popular de toda Europa, colacionándola, ilustrándola y brindando al historiador sus elementos materiales y el espíritu de los tiempos que la musa del pueblo ha hecho inmortal. (*Ibidem*, p. 1)

El 25 de agosto de 1879 Antonio Machado y Álvarez manda una carta a Costa en la que le agradece su reciente envío de ochenta y cinco “adivinanzas ribagorzananas”. Al año siguiente, sesenta y seis de las ochenta y cinco *divinetas* serían transcritas en el libro *Colección de enigmas y adivinanzas en forma de diccionario*, en el que escribe esta nota de agradecimiento:

Principian todas generalmente con este estribillo: *Una coseta de Dios divineta, qué es...?* Debemos este dato y estas adivinanzas al distinguido y laborioso profesor de la Institución Libre de Enseñanza, Sr. D. Joaquín Costa, quien publicará muy en breve una obra sobre poesía popular ribagorzana. Las adivinanzas que no están en castellano, están en dialecto mestizo catalán-aragonés. (Machado, comp., 1880; cito por Ara Torralba, 1997, n. 67)

La intervención de Joaquín Costa en el Congreso Nacional Pedagógico que tuvo lugar en Madrid en mayo de 1882 es especialmente significativa, tanto por su contenido cuanto por el hecho de que la ILE lo eligiese a él para sustituir a Rafael Torres Campos, que era quien estaba previsto en un inicio (Costa, 1882).

Torres Campos había impartido una “Conferencia sobre viajes escolares” en la Sociedad Geográfica de Madrid el 18 de abril:

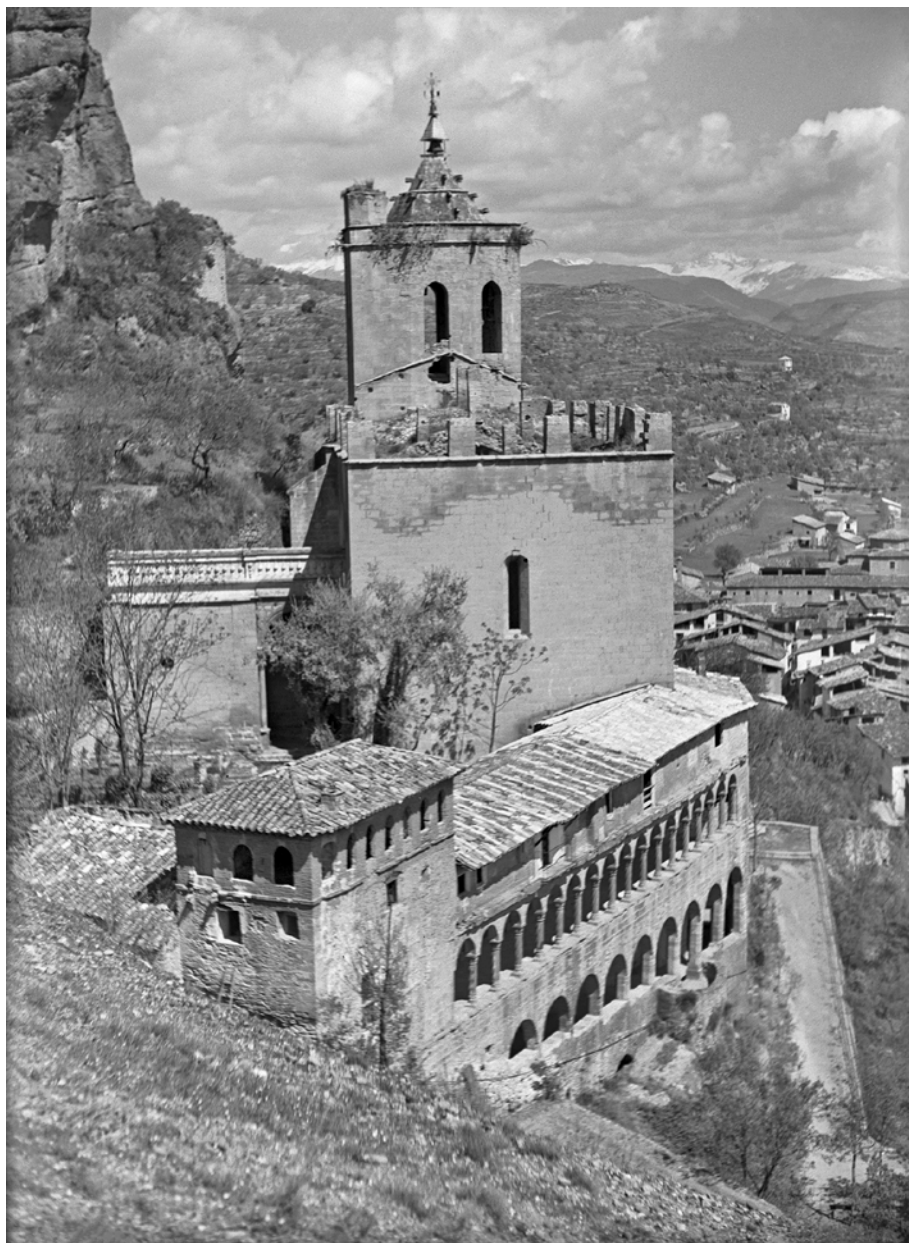
Desde el año de 1880 en que se inauguraron las excursiones, han hecho nuestros alumnos 132 fuera de Madrid: han atravesado el valle del Tajo desde su divisoria Oriental hasta la frontera portuguesa, para visitar a Cáceres, Talavera, Toledo, Ciempozuelos, El Escorial, Las Navas del Marqués, Robledo de Chavela, Azcalá, Guadalajara y Sigüenza; conocen en el valle del Duero a Ávila, Salamanca, Toro, Zamora, Valladolid, León, Palencia y Burgos; han recorrido la parte Occidental de la provincia de Santander desde Reinos, Torrelavega y la capital hasta el Deva; en Asturias, Mieres, Oviedo, Gijón y Candás; en el valle del Ebro, Huerta, Alhama, Piedra, Zaragoza, Huesca, Jaca y Canfranc; Pau, Bayona, Biarritz y Hendaya en Francia; Vera, Fuerterrabía y San Sebastián en Navarra y las Vascongadas, y en la región meridional, Córdoba, Sevilla, Cádiz y Granada.

Se procura que hagan en estas excursiones los alumnos por sí el mayor número posible de observaciones de toda clase; estudian los terrenos, el aspecto de las poblaciones y de las comarcas, los recursos de estas, su lado pintoresco, el modo de ser y la situación de los habitantes.

El resultado de tales trabajos se consigna en croquis, cortes geológicos, perfiles, dibujos y apuntes breves, que sirven luego para trabajos escritos más detallados. (Torres, 1990-1991: 235-236)

Apenas un mes más tarde, según consta en las actas del citado congreso, varios participantes renunciarían a su turno de intervención y, ante la insistencia de la mesa, Costa se decidió a tomar la palabra:

Por lo que he podido comprender en la doctrina de aquellos ilustrados compañeros, la escuela se mantiene sobre el mismo pie, conserva la misma organización que venía teniendo desde los días de Quintiliano, sin que la ciencia moderna haya hecho otra cosa que agregarle por vía de adherente, por vía de accesorio, para hacer su acción más eficaz, las excursiones instructivas, los museos escolares y las lecciones de cosas. Y en esto pecan de algo más que de timidez: el antiguo concepto de la escuela no se aviene ya con los nuevos métodos que la ciencia proclama y la experiencia acredita; hay que invertir los términos: eso que consideran como procedimientos auxiliares, las lecciones de cosas y, por tanto, las excursiones instructivas, debe ser lo principal, o más bien, debe ser el todo: hay que ir a la *secularización* total, absoluta, de la antigua escuela, hasta arrancarla de sus cimientos y aventar sus escombros por todo el territorio, que todo el territorio debe ser escuela mientras no pueda serlo todo el planeta. Si la escuela ha de cumplir la noble misión que le tiene confiada nuestro



Basilica de la Peña, en la villa ribagorzana de Graus. (Fototeca de la Diputación Provincial de Huesca.
Foto: Ricardo Compairé, primer tercio del siglo xx)

siglo, si ha de labrar el espíritu de las nuevas generaciones para darle el temple que requieren las reñidas contiendas del siglo, no puede encerrarse entre cuatro paredes, no puede constituirse en un invernadero, donde vegeten los niños como plantas aisladas, en una semi-obscuridad misteriosa, fija perennemente la vista en el termómetro, extraños a las agitaciones de la vida social y a los graves problemas de su tiempo: tiene que actuar al aire libre, tiene que aspirar la vida a raudales, difundíendose como la sangre por todos los conductos y arterias del cuerpo social: no ha de representarse por un sencillo plano, sino por el mapa de España, teniendo por confines las playas del mar, por techumbre el cielo, por material de enseñanza cuanto posee y ha atesorado en la serie de los siglos la humanidad; abriendo cátedra en la plaza pública, en el campo, en la mina, en el taller, en el buque, en el templo, en el *miting*, en el tribunal, en el Congreso, en el museo, allí donde la sociedad se congrega para pensar, para orar, para discutir, para trabajar, para realizar eso que constituye el fin último de la humanidad en la tierra, el desenvolvimiento indefinido de nuestra esencia, el triunfo definitivo del bien sobre el mal y el ascendimiento perpetuo del alma hacia Dios. (*¡Muy bien! ¡muy bien! Grandes aplausos*).

Por esto, las excursiones no son lo que se ha dicho esta tarde, un procedimiento auxiliar, por regla general inaplicable a las escuelas rurales; son el método intuitivo mismo en su aplicación; y decir *método intuitivo* vale tanto como decir *método* a secas, pues no hay otro que él; los demás son falsificaciones, que usurpan contra toda razón el nombre del método. La vieja pedagogía, imperante todavía en nuestro tiempo, abre un abismo entre la escuela y la sociedad, entre la educación predominantemente intelectual y la práctica de la vida. Gracias, sobre todo, al carácter enciclopédico, familiar, intuitivo y realista del método de la nueva escuela, y al sistema de excursiones escolares que la ponen en contacto directo con el ambiente exterior, social y natural. En tales condiciones, la escuela es una sociedad en pequeño; la sociedad, una escuela en grande; ambas, igualmente orgánicas, totales y omnicomprendivas: no son dos mitades de un todo, sino dos todos, o más bien, dos aspectos complementarios de un mismo y solo todo. Por eso, entre nuestra escuela y el mundo exterior no existe solución de continuidad; por esto, la verja que limita el jardín o las paredes que cierran el edificio de la escuela, no son a modo de una frontera divisoria que separe la escuela de la sociedad, como si de puertas a dentro fuese escuela, y sociedad de verjas a fuera. Si yo pudiese, sin incurrir en nota de pedantismo, definir en un símil fisiológico el carácter de la escuela tal como yo la concibo, tal como se deriva de este concepto, os diría que es a modo de una célula gigantesca, cuya membrana exterior abarca toda España, con sus ciudades, ríos, cordilleras, campos, monumentos, puertos de mar y vías de comunicación, cuyo núcleo es Madrid, supongamos, con todos sus museos, talleres, fábricas, tribunales, templos, oficinas, jardines, comercios y establecimientos de enseñanza; y cuyo nucléolo es el edificio que constituye su domicilio oficial, centro dinámico donde reside la voluntad ordenadora, y de donde irradia en poderosas corrientes la fuerza vital a todos los puntos de la periferia, para poner en movimiento y hacer servir al logro de sus fines cuantos elementos activos encierra en su seno la sociedad española. (*Grandes aplausos*).

La *Institución Libre de Enseñanza* ha proclamado e introducido en nuestras costumbres este principio de mutua compenetración del mundo con la escuela: es ciertamente bien poco, pero bastante, sin embargo, para merecer el respeto, cuando menos, de los hombres de buena voluntad de todos los partidos y escuelas que buscan la regeneración de la patria por el camino de la regeneración del niño. (Costa, 1916: 173-181)

Dentro del método intuitivo Costa defiende el valor de las excursiones escolares, idea que llevó a cabo, como hemos dicho, desde la ILE. Subraya así las ventajas de este método, ya que

Por medio de las excursiones escolares se ha logrado sustituir la enseñanza árida, a veces repulsiva, del libro y de la cátedra, por la enseñanza de ese otro libro animado y viviente, la Naturaleza y la Sociedad. No estudia el niño la geografía de la Península en el mapa, sino haciéndolo él, recorriéndola en todas direcciones; no estudia la Naturaleza en el Museo, sino formando el Museo por sí mismo, yendo a buscar los objetos al punto donde la Naturaleza los ha puesto; no estudia la historia

en los libros, sino en el teatro mismo donde se han desarrollado los sucesos y en los monumentos que ha ido dejando como fruto y concreción del espíritu de cada tiempo. [...]

[...]

Me congratulo, señores, de que hayan salido a la superficie las dudas, no me atrevo a decir las preocupaciones, que hemos escuchado esta tarde de labios de uno de los oradores, creo que era el Sr. Guillén, con respecto a la supuesta imposibilidad de aplicar en las escuelas rurales el sistema de las excursiones escolares, de que estoy hablando, porque eso me da pie para desvanecerlas, evitando que tomen cuerpo y causen estado en el ánimo del Congreso. Y al contestar esta objeción satisfago de paso un reparo que apuntó otro compañero en la sesión de ayer tarde, diciendo que nuestros programas son utópicos e irrealizables. Podrían clasificarse las excursiones en tres grandes categorías: unas para las escuelas de Madrid, las cuales se hallan en mejores condiciones que las de provincias; otras, respecto de las cuales están en condiciones idénticas; y otras, por último, para las cuales las escuelas de provincias se hallan en mejores condiciones que las de Madrid. Pues bien; las excursiones respecto de las cuales las escuelas de provincias disfrutan de mejores condiciones que las de Madrid, son infinitamente más en número que las que se encuentran en el caso opuesto. No hablemos de ciudades como Barcelona, Cádiz, Sevilla, Valencia, Zaragoza, etc.,



Ábside sur de la catedral de Jaca. (Fototeca de la Diputación Provincial de Huesca.
Foto: Joaquín Gil Marraco, 26 de julio de 1925)

que tienen, lo mismo que Madrid, palacios, ferrocarriles, catedrales, museos, tribunales superiores, etc., y además ríos navegables o mar, buques, cultivos industriales, manufacturas e industrias fabriles, etc., de que Madrid carece; no hablemos de las escuelas rurales comprendidas en un radio de cuatro o cinco leguas alrededor de esas ciudades, y que, por lo tanto, se hallan en el mismo caso que las escuelas de las ciudades mismas, porque los alumnos pueden trasladarse a ellas en días festivos, dirigidos por el maestro, y utilizar los medios poderosos de enseñanza que llevo citados; quiero referirme tan solo a las escuelas rurales distantes de las grandes ciudades históricas y de los grandes centros manufactureros y comerciales. ¿No veis cuán asombrosa variedad de hechos, de seres, de fenómenos, de manifestaciones, ofrecen la Naturaleza, la sociedad y la historia misma alrededor de cada una de esas escuelas? ¿Se trata de enseñar al niño zoología? Pues en cualquier pueblo de la Península pululan los insectos, reptiles, peces, mamíferos, aves, por centenares de variedades, y los alumnos pueden satisfacer ampliamente sus instintos entomológicos, ornitológicos, o de otro género. (Costa, 1916: 181 y 183-185)

Hasta 1883 Joaquín Costa, como recordó el profesor Carmelo Lisón,

participó activamente en las excursiones didácticas de los alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, en las que uno de los cometidos de los estudiantes era recoger información local sobre costumbres, modos de vida y tradiciones. Hasta el final de su vida sigue recomendando “salir al campo, como los ingenieros de minas... para aprender a buscar” y atesorar directa y personalmente “la recolección de costumbres (jurídicas, agrícolas, económicas, estéticas...), poesía popular, cuentos, etc., en la tradición oral... de [una] comarca determinada”. Enfoque de conjunto, pionero, *tour d'horizon* empírico en busca de la lógica de lo disperso pero que habla con una sola voz: la de la cualidad cultural. (Lisón Tolosana, 1995: 77)

Rafael Altamira tomó de Costa las ideas excursionistas mientras preparaba su tesis doctoral sobre la propiedad comunal antigua en 1890. Al año siguiente, en 1891, citó reiteradamente a su maestro en su libro *La enseñanza de la Historia* a propósito de la recogida de fuentes orales. Altamira propuso un método científico para rescatar información sobre derecho civil, acordándose particularmente de los folcloristas:

Por lo que toca a las formas más poéticas de ella —las canciones, romances, *fabliaux*, etc.— su valor es inapreciable, como han demostrado, en España D. Joaquín Costa con su libro *La poesía popular española*, y en Francia, M. Langlois, profesor de la Sorbona, entre otros, con su *Cuadro de la Edad Media*, basado en la colección de los *fabliaux* medievales. Lo mismo puede decirse de los proverbios, cuentos, consejas y demás, que tan afanosamente recogen los folcloristas, y que con tanto fruto ha aprovechado un historiador catalán, el Sr. Pella. De las canciones, particularmente, ha resultado un abundantísimo material, v. gr., para la historia de la Revolución francesa, aprovechado por M. Aulard; y no es inferior en importancia el de las que se refieren a los últimos tiempos de la casa de Austria y a la guerra de sucesión española.

[...]

La *tradición oral* debe y puede aprovecharse con grandísima ventaja, desde los primeros años del alumno, por el elemento de leyenda que casi siempre la acompaña y el carácter *popular* que ofrece, cuidando de utilizar, como de más inmediato efecto e interés en todos sentidos, las tradiciones locales. El aliciente imaginativo que tiene para los niños esta fuente de conocimiento, se convierte en exigencia crítica en los grados posteriores, y de ella puede la ciencia obtener muy importantes resultados.

En España hay bien poco hecho en este sentido, y por tanto, habrá que acudir —especialmente para las *supervivencias*— a la observación inmediata, que es la natural y que siempre debe

recomendarse como ejercicio. De lo poco que existe recogido y publicado merecen citarse, en primer lugar, los tomos de la *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, y los estudios sobre derecho consuetudinario de los Sres. Webster y Costa. Al mismo orden pertenecen algunas colecciones de refranes, de canciones verdaderamente populares, etc., de cuyo aprovechamiento para la historia da ejemplo el ya citado libro de D. Joaquín Costa sobre *Poesía popular española*. (Altamira, 1891; ed. de 1997: 216 y 230-231)

Unos años más tarde, en 1903, Manuel González de Amezúa plantea la creación de un club para practicar el alpinismo y el esquí junto con otros diecinueve amigos, al que llamarían el *Twenty* por el número de sus fundadores. Construyeron una cabaña en El Ventorrillo madrileño y en 1908 decidieron ir un poco más y pasaron de un club de amigos a fundar el Club Alpino Español, con sede en el puerto de Navacerrada, que fue presidido por González de Amezúa y capitaneado por Manuel Bartolomé Cossío, todos provenientes del entorno de la Institución Libre de Enseñanza. Paralelamente, en la sierra de Guadarrama entablaron una relación que les permitió iniciarse en el esquí.

Por su parte, la sociedad Peñalara (hoy Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara) se creó en 1913 como un grupo cerrado de doce miembros unidos por su interés deportivo, naturalista y científico y un estilo de vida sano. Estaba liderada por Constancio Bernaldo de Quirós, discípulo de Francisco Giner de los Ríos y continuador del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza. En 1916 se inició la señalización de caminos en la sierra de Guadarrama y se marcaron, entre otros, el camino del Palero, la senda Smith, la senda Victory o la senda de los Alevines. En ese mismo año inauguró la sociedad su primer refugio de montaña, con el nombre de *Giner de los Ríos*, en La Pedriza del Manzanares, al que siguió, entre otros, en 1923 el de Góriz, en el Pirineo aragonés. Además, se comenzó a publicar *Peñalara*, revista ilustrada de alpinismo, en la que algunos de sus socios colaboraron y participaron en la promoción y la difusión de sus actividades montaÑeras.

La “vocación viajera del institucionismo”, según Antonio Jiménez Landi (1984: 102-103), “va desde las modestas excursiones escolares dentro de Madrid, primero, y de España, después, a la creación de una entidad que se esfuerce, sobre todo, en la tarea de enviar fuera del país a todos los estudiosos que pretendan ampliar sus conocimientos, y a establecer, aquí, los centros idóneos para que la experiencia adquirida en el exterior fructifique, luego, en nuestra tierra”. Así, “de las modestas excursiones y [...] de la salida al campo de los alrededores de Madrid”, gracias a la iniciativa de Giner de los Ríos sería posible viajar al extranjero a través de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, fundada en 1907. Y “cuando la salida al exterior no es posible, entonces, Cossío propone la fundación de las Misiones Pedagógicas, las cuales recorrerán los pueblos más recónditos de España, para llevarles un soplo de la cultura que ellos no pueden, por sí mismos, proporcionarse”.

En palabras de Blas Infante, en su libro *La obra de Costa*, un breve volumen publicado en 1916 que recogía el texto leído en una velada organizada por el Ateneo de Sevilla con ocasión del quinto aniversario de la muerte de Costa como homenaje del padre de la patria andaluza al erudito aragonés:



Chalé Peñalara, en el valle de la Fuenfría, en 1921. (Foto: Archivo Club Peñalara)

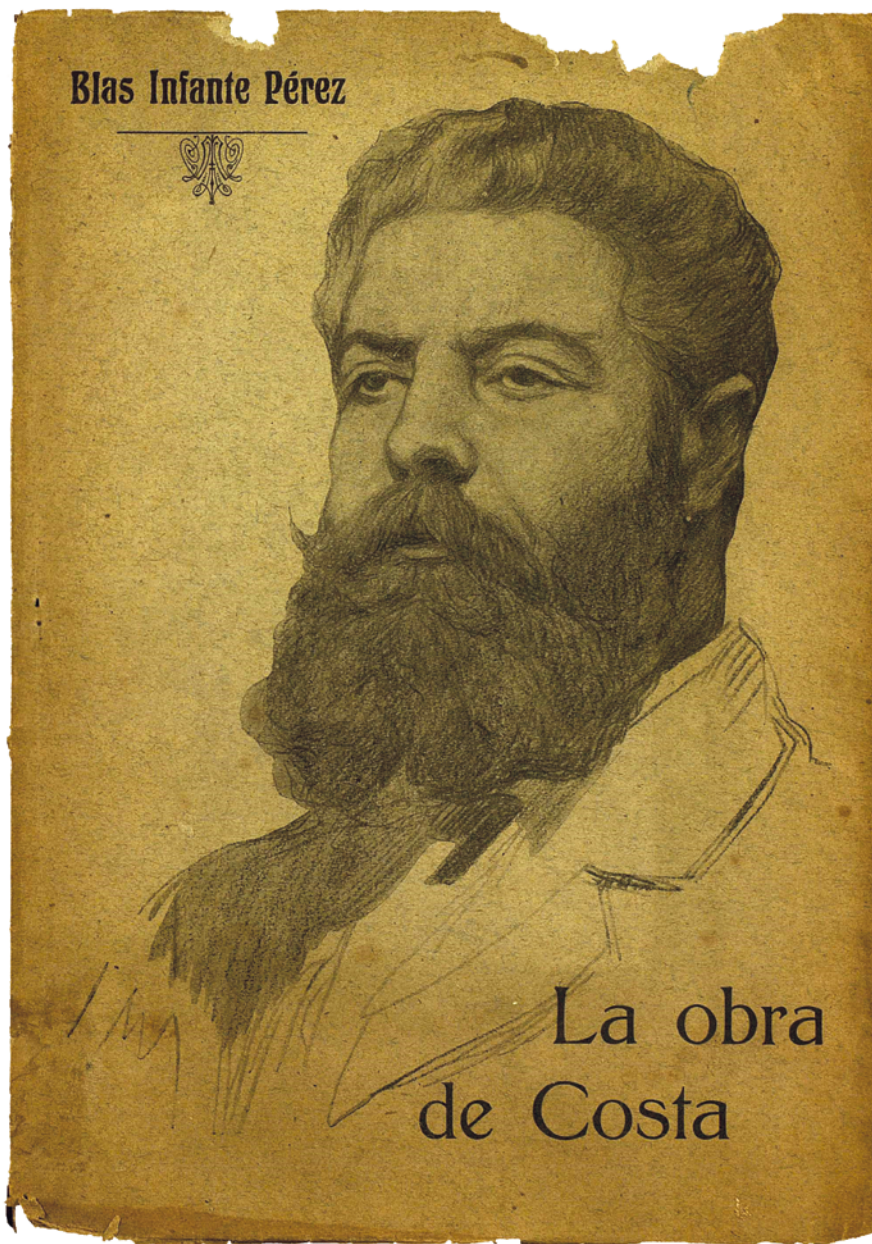
Es necesario no sacar al niño de la Naturaleza y de la sociedad para meterlo en la escuela. “... Esta tiene que actuar al aire libre; tiene que aspirar la vida a raudales... abriendo cátedra en la plaza pública, en el campo, en la mina, en el taller, en el buque, en el templo, en el mitin, en el Tribunal, en el Congreso, en el Museo... Por medio de las excursiones escolares, la enseñanza árida del libro se ha logrado sustituir por la enseñanza de ese libro animado y viviente, la Naturaleza y la sociedad... No estudia el niño Geografía en el mapa, sino haciéndolo él recorriendo la península; ni la Agricultura, sino ejecutando las labores del campo; ni la Naturaleza en el museo, sino formando el museo por sí mismo, colocando los objetos que le ofrece la Naturaleza. Las plantas se estudian en el jardín y en el campo; la historia y el arte, en los monumentos; la física, la industria, la arquitectura, la política, el Derecho, observando sus fenómenos en la tierra, en las cuencas de los ríos, en las orillas del mar, en las fábricas, en los edificios, en las Cámaras, en los mítines, en los Tribunales... Y para esta enseñanza, la más mínima aldea tiene campos y terrenos de diferentes formaciones, y molinos y fábricas, y templos y objetos de arte (hoy vulgarizados como la pintura, por medio de los cromos), y ruinas arquitectónicas, y Ayuntamientos, y Juzgados, etc., etc.”.

[...]

El maestro, el sacerdote, el médico, el farmacéutico, el juez, el arquitecto, el ingeniero, todas las personas cultas de las poblaciones deben ayudar al maestro a dar conferencias a los niños y organizar excursiones de estos, ayudándoles a formar *museos universales*, explicándoles, ante los hechos relacionados con sus profesiones, los principios de su ciencia, etcétera, etc. Así, además del fin de la enseñanza, se conseguirá el de la dignificación del maestro. Todos los profesionales indicados lo serán así: y es más, “debemos convertir en maestros a los artesanos y labradores, poniendo a contribución sus conocimientos en sus respectivos oficios, escuchando atentamente su palabra, proclamándoles colaboradores nuestros, inspirándoles la dignidad del magisterio y conciliándolos con la escuela”.

Como medio de difundir la instrucción, encomia [...] la creación de “Misiones populares”.

“Los individuos de las órdenes de las Misiones, repartidos en grupos de dos o tres, recorrerán los pueblos, permaneciendo quince o veinte días en cada uno, enseñando lectura y escritura a los adultos, estimulando el patriotismo, descubriendo a los ignorantes las secretas maravillas del Universo, dando a todos reglas para constituir el trabajo y hacerlo fecundo”. (Infante, 1916: 12-13)



Retrato de Joaquín Costa en la cubierta del libro de Blas Infante Pérez *La obra de Costa*, publicado en Sevilla en 1916.

LA IMPORTANCIA DEL PAISAJE

Desde principios del siglo XIX los geógrafos y los escritores formularon la idea de que el paisaje era la expresión visible de un orden natural que comprendía al ser humano. Establecieron que las estrechas relaciones existentes entre los hombres y los paisajes, además de influir en la individualidad, mostraban una importante dimensión colectiva. De ese modo, no solo las formas de ser y de pensar de las personas quedaron vinculadas al sentimiento de la tierra, sino que era la misma historia de las naciones la que mantenía nexos continuos con sus paisajes. El carácter profundamente altoaragonés de Joaquín Costa se construyó en su relación con el paisaje donde nació y la tradición de su familia. En 1867 “la importancia de otro lugar” lo decidió a escapar a su “natural” condición campesina para estudiar en Madrid. Su sentido del paisaje se hizo nacional y adoptó desarrollos diferentes relacionados con su aprendizaje intelectual (la razón armónica de Giner de los Ríos y el excursionismo de la Institución Libre de Enseñanza). También a mirar hacia otros continentes como África o hacia Europa. Y, en último término, por el vitalismo de sus reacciones ante la catarata de acontecimientos que se sucedieron en la España del Desastre y la regeneración.

Nacido en la España de la periferia, Costa despertó a la realidad de los “otros lugares” al ser pensionado desde marzo a noviembre de 1867 como obrero artesano en el pabellón de España de la Exposición Universal de París. A su regreso, resolvió ser escritor y supo de la importancia de “encontrar la puerta de entrada” a Madrid. Una nueva geografía urbana de la educación se desplegó ante sus ojos. En su aprendizaje descubrió la forma especial de *sentir* que proporcionan el magisterio intelectual y las voces y las caras de la amistad en los entornos culturales. La naturaleza se hizo estética, paisaje y armonía. Las salidas al campo se convirtieron en un programa de aventuras “naturales”, excursiones regidas por el pensamiento y el sentido racional de sus sentidos. En su compleja personalidad, construida sobre el universo aragonés, la vida en Madrid cambió la mirada de Costa, pronto su sentido del paisaje se hizo nacional y, en adelante, la capital de España fue su centro sentimental, una plataforma para pensar la política y la regeneración del país.

La ideología regeneracionista de Costa estableció conexiones significativas con la valoración del patrimonio natural y cultural de España. Su llamamiento a la renovación nacional incluía una apreciación implícita de los paisajes naturales, los sitios históricos y las culturas regionales de nuestro país. Su defensa de la reforestación de las laderas montañosas para conservar el suelo y regular las corrientes fluviales demuestra una valoración del medio ambiente natural y su importancia para el bienestar de la nación. Costa también se refirió a la necesidad de cuidar la naturaleza plantando árboles para asegurar la humedad y regular los patrones climáticos. Este hecho enfatiza aún más su conciencia ambiental. Su defensa de la conservación ambiental y su enfoque en la importancia de la agricultura y la vida rural dentro de su marco regeneracionista sugieren una valoración inherente del patrimonio natural de España. Su comprensión de la interconexión del medio ambiente y la prosperidad de la nación implica una apreciación del paisaje natural como un valioso activo.

Su énfasis en la educación y el conocimiento probablemente se extendió a la promoción de una comprensión y una apreciación de la diversidad cultural y el legado histórico de

España. Su interés por nuestras antiguas instituciones forales sugiere la importancia de las especificidades históricas y regionales dentro de la identidad española más amplia. El trabajo de Costa contenía una promoción implícita de los viajes internos como medio para fomentar la unidad o la identidad nacional. Mejores carreteras y ferrocarriles facilitarían que los españoles se movieran por su país, experimentaran su diversidad y desarrollaran un mayor sentido de identidad nacional compartida, lo que se alinea con los objetivos de Costa para la regeneración nacional.

TEORÍAS DEL VIAJE PARA LOS AUTORES DE LA GENERACIÓN DEL 98

Si a Joaquín Costa se le puede atribuir un cierto papel en el pensamiento excursionista, algunos autores plantean que en la obra de Miguel de Unamuno hay una teoría de la experiencia viajera o teoría del viaje (Llorens, 1991; Rivero, 2021) que se podría resumir en los siguientes puntos: viajar implica sufrir incomodidades que son consustanciales a esa actividad, más que el punto de llegada lo importante es el trayecto, el turismo resulta una actividad superficial, el viaje debe seguir una pasión, su objetivo es el recuerdo... Distingue Unamuno entre los paisajes del viajero y los del turista de “verdor ficticio”, critica el utilitarismo del viaje en la modernidad y la ortodoxia del turismo que se aprecia en las guías de viajes. Plantea la necesidad de documentar previamente los viajes en libros de historia, literatura, filosofía y ciencia, pues esta información multiplica la carga estética de los paisajes y así los viajes propician la reflexión filosófica y son fuente de meditación espiritual. Por último, para él el paisaje permite el encuentro con el yo íntimo y el viaje ejerce un apego a la patria, aunque para escribir sobre él debe haber un distanciamiento.

Los autores de la generación del 98 comienzan sus viajes por España a finales del siglo XIX. En este periodo se detecta la necesidad de crear una literatura española de viajes por nuestro país. En 1899 Baroja viaja a París llevando en el equipaje ideas para una primera novela; al regresar a Madrid, hace frecuentes excursiones a la sierra de Guadarrama y al monasterio de Santa María de El Páular. A fines de 1900, invitados él y Azorín por el periodista Julio Burell, visitan Toledo. En 1905 Azorín viaja por La Mancha y Andalucía. En 1910 Ciro Bayo publica *El peregrino entretenido: viaje romancesco*, en el que rememora su excursión a pie hasta Yuste, y en 1911, *Lazarillo español: guía de vagos en tierras de España por un peregrino industrial*, obra por la que recibió el Premio Fastenrath de la Real Academia Española y que relata su recorrido desde Madrid a Barcelona. También en 1911 Unamuno publicó sus viajes de años anteriores en *Por tierras de Portugal y de España*. En 1912 Antonio Machado editaría *Campos de Castilla*, y en 1916 Ciro Bayo publicó *El veraneo*, toda una declaración de intenciones para la época:

El aire del campo beneficia el cuerpo y el alma de los habitantes de las urbes. Muchas enfermedades endémicas de las ciudades (jaquecas, asma, raquitismo, calambres de estómago, etc.) se mitigan en el campo si no es que se curan del todo. Su terapéutica es casi decisiva en los organismos agotados por la fatiga de los negocios o de los placeres de nuestra vida social. (Bayo, 1916: 15)

Para Nicolás Ortega (2002: 123-124), la dimensión histórica, el paso del tiempo, la sucesión temporal de las cosas y de los hombres ocupan un lugar destacado en el paisajismo de Azorín. No solo le interesa la imagen del presente y las huellas que subsisten en ella del pasado, sino también la imagen misma del presente del paisaje. Persigue, además, evocar el pasado mismo del paisaje, acercarse a lo que fue en momentos históricos anteriores. Todo ello se relaciona con la perspectiva que adopta a la hora de interpretar la realidad española, doblemente apoyada en una concepción historiográfica “castellano-céntrica” y en la idea de continuidad nacional, en la afirmación de la existencia de una continuidad secular de la mentalidad nacional.

La influencia del paisajismo no se limitó al mundo de la literatura, a los escritores de la generación del 98, sino que se dejó sentir en otros ámbitos culturales y también en el campo de la geografía. Se produjo así una original interacción entre literatura y geografía: de un lado, los puntos de vista de esta influyeron en el paisajismo literario del 98, y, de otro, este paisajismo acuñó imágenes con una clara dimensión geográfica que influyeron a su vez en el panorama del conocimiento geográfico de su tiempo y de momentos posteriores. Una muestra de lo primero, de la influencia en la geografía de su tiempo, puede encontrarse en la obra de Juan Dantín Cereceda, en la que no es difícil hallar la huella del paisajismo de los escritores del 98, y en los escritos de Manuel de Terán, que dijo haber tenido a Ortega y Gasset y a Antonio Machado como sus “dos grandes maestros extrauniversitarios” (Ortega, 2020: 98-99).

CONCLUSIONES

Es importante reconocer que la sociología del turismo como disciplina formal emergió varias décadas después de la muerte de Joaquín Costa, lo que limita la posibilidad de encontrar análisis académicos directos que vinculen su obra con este campo de estudio. Sin embargo, al analizar retrospectivamente su pensamiento, se pueden identificar elementos precursores de una comprensión sociológica del turismo en su preocupación por las dinámicas sociales, la identidad nacional, la importancia del territorio y la vinculación de todo ello con la educación. Su legado, por lo tanto, reside tanto en su contribución práctica al fomento del excursionismo como en sus reflexiones pioneras que anticiparon algunas de las preocupaciones centrales de la sociología del turismo en España.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Altamira, Rafael (1891), *La enseñanza de la Historia*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez; cito por la ed. de Rafael Asín Vergara, Madrid, Akal, 1997.
- Álvarez Sousa, Antonio, Alejandro Mantecón Terán e Inmaculada Puertas Cañaveral (eds.) (2019), *Sociología del turismo*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Antón del Olmet, Luis (1917), *Los grandes españoles: Costa*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo.
- Ara Torralba, Juan Carlos (1997), “Pesquisas sobre la actividad del joven Costa en Huesca”, *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 14, pp. 5-52.

- Bacon, Francis (1870), *Ensayos de moral y de política*, Madrid, Imprenta de M. Minuesa.
- Bayo, Ciro (1910), *El peregrino entretenido: viaje romancesco*, Madrid, Bailly-Baillière.
- (1911), *Lazarillo español: guía de vagos en tierras de España por un peregrino industrial*, Madrid, Librería de Francisco Beltrán.
- (1916), *El veraneo*, Madrid, Bailly-Baillière.
- Beltrán, Rafael (1991), “Los libros de viajes medievales castellanos. Introducción al panorama crítico actual: ¿cuántos libros de viajes medievales castellanos?”, *Revista de Filología Románica*, 121, pp. 121-164 <<https://revistas.ucm.es/index.php/RFRM/article/view/RFRM9191220121A>>.
- Carrizo Rueda, Sofía M. (1993), “Los libros de viajes medievales y su influencia en la narrativa áurea”, en Ignacio Arellano Ayuso, Carmen Pinillos Salvador, Marc Vitse y Frédéric Serralta (coords.), *Studia aurea: actas del III Congreso de la AISO*, Toulouse, AISO, vol. 3, pp. 81-87.
- Casani, Alfonso (2021), *El surgimiento de la “Rihla”, o literatura de viajes*, Madrid, Fundación de Cultura Islámica <<https://funci.org/el-surgimiento-de-la-rihla-o-literatura-de-viajes>>.
- Castro Hernández, Pablo (2013), “La idea del viaje en la Edad Media: una aproximación al espíritu del viajero y la búsqueda de nuevos mundos”, *Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas*, 5, pp. 64-87 <<https://historiasdelorbisterrarum.wordpress.com/wp-content/uploads/2013/06/05-pablo-castro-h-la-idea-del-viaje-en-la-edad-media.pdf>>.
- (2016), “La peregrinación de Egeria: una aproximación a la geografía sagrada y los sucesos milagrosos en Tierra Santa (s. iv d. C.)”, *Historias del Orbis Terrarum*, 11, pp. 23-52.
- Costa, Joaquín (1880a), *Derecho consuetudinario del Alto Aragón*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación.
- (1880b), “Los informes redactados por los alumnos de las excursiones”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, año iv, n.º 70 (17 de enero), pp. 6-7.
- (1882), *Congreso Nacional Pedagógico: actas de las sesiones celebradas, discursos pronunciados y memorias leídas y presentadas a la mesa: notas, conclusiones y demás documentos referentes a esta asamblea, 1.ª*, Madrid, Sociedad El Fomento de las Artes; publicado en 1916 en *Maestro, escuela y patria (notas pedagógicas)*.
- (1916), *Maestro, escuela y patria (notas pedagógicas)*, Madrid, Biblioteca Costa.
- González Troyano, Alberto (2005), “Del viajero ilustrado al paseo literario”, en Patricia Almarcegui El-duayen y Leonardo Romero Tobar (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal, pp. 151-195.
- Infante Pérez, Blas (1916), *La obra de Costa: un breve estudio leído en la velada organizada por el Ateneo de Sevilla en el v aniversario de la muerte de Costa*, Sevilla, Imprenta de Joaquín L. Arévalo; ed. facs., Sevilla, Junta de Andalucía / Fundación Blas Infante, 2022.
- Jiménez Landi, Antonio (1984), “Las excursiones de la Institución”, *Estudios Turísticos*, 83, pp. 101-108 <<https://estudiosuristicos.tourspain.es/index.php/ET/article/view/486/485>>.
- Lisón Tolosana, Carmelo (1995), “Joaquín Costa Martínez (Notas para la etopeya de un pionero)”, *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 12, pp. 73-92.
- Llorens García, Ramón F. (1991), *Los libros de viajes de Miguel de Unamuno*, Alicante, Caja de Ahorros Provincial de Alicante <<https://www.cervantesvirtual.com/obra/los-libros-de-viajes-de-miguel-de-unamuno>>.
- Lucena Giraldo, Manuel (2006), “Los estereotipos sobre la imagen de España”, *Norba. Revista de Historia*, 19, pp. 219-229 <https://dehesa.unex.es/bitstream/10662/9431/2/0213-375X_19_219.pdf>.
- Machado y Álvarez, Antonio, *Demófilo* (comp.) (1880), *Colección de enigmas y adivinanzas en forma de diccionario*, Sevilla, Imprenta de Rafael Baldaque.
- Martínez de Pisón, Eduardo (1984), “El viaje a la naturaleza y a la educación de España”, *Estudios Turísticos*, 83, pp. 55-68 <<https://estudiosuristicos.tourspain.es/index.php/ET/article/view/494>>.

- Morales Moya, Antonio (1984a), “El viaje ilustrado”, *Estudios Turísticos*, 83, pp. 31-43 <<https://estudios-turisticos.tourspain.es/index.php/ET/article/view/481/480>>.
- (1984b), “El viaje en la pedagogía de la Institución Libre de Enseñanza”, *Estudios Turísticos*, 83, pp. 85-99 <<https://estudios-turisticos.tourspain.es/index.php/ET/article/view/491/490>>.
- Nietzsche, Friedrich (1971a), *Así habló Zaratustra*, Madrid, Edaf.
- (1971b), *Humano, demasiado humano*, 2.ª parte: *El viajero y su sombra*, Madrid, Edaf.
- (2000), *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*, Madrid, Edaf.
- Onfray, Michel (2016), *Teoría del viaje: poética de la geografía*, trad. de Juan Ramón Azaola, Madrid, Taurus.
- Ortega Cantero, Nicolás (1984), “Conocimiento geográfico y actitud viajera en la Institución Libre de Enseñanza”, *Estudios Turísticos*, 83, pp. 69-84 <<https://estudios-turisticos.tourspain.es/index.php/ET/article/view/489/488>>.
- (2002), “Paisaje e identidad nacional en Azorín”, *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 34, pp. 119-131 <<https://bage.age-geografia.es/ojs/index.php/bage/article/view/431/402>>.
- (2020), “El paisaje en la generación del 98”, *Estudios Segovianos*, 119, tomo LXII, pp. 83-99 <<https://estudiossegovianos.es/wp-content/uploads/2021/07/EESS-119-4-Ortega.pdf>>.
- Pellejero Martínez, Carmelo, y José Joaquín García Gómez (2022), *Historia económica del turismo en España (1820-2020): de los viajeros románticos al pasaporte COVID*, Madrid, Ediciones Pirámide.
- Rivero, Miguel Ángel (2021), *El viaje interior: Miguel de Unamuno*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Rousseau, Jean-Jacques (1990), *Emilio, o De la educación*, Madrid, Alianza Editorial; 1.ª ed., 1762.
- Rubio Tovar, Joaquín (1986), *Libros españoles de viajes medievales*, Madrid, Taurus.
- (2005), *Viajes medievales*, I, Madrid, Biblioteca Castro.
- Saiz Angulo, María Ángeles (2002), *Los libros de viaje de Miguel de Unamuno en el contexto de la modernidad* [tesis doctoral], Universidad de Colorado. Repositorio institucional de la Universidad de Colorado <<https://scholar.colorado.edu/downloads/pv63g035z>>.
- Simón Palmer, M.ª del Carmen (2011), “Apuntes para una bibliografía del viaje literario (1990-2010)”, *Revista de Literatura*, 73 (145), pp. 315-362.
- Suárez Huerta, Ana María (2011-2012), “El Grand Tour: un viaje emprendido con la mirada de Ulises”, *Isimu*, 14-15, pp. 253-279.
- Torres Campos, Rafael (1990-1991), “Conferencia sobre viajes escolares”, *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, 126-127, pp. 231-274; 1.ª ed., Madrid, Imprenta de Fortanet, 1882.
- Unamuno, Miguel de (1911), *Por tierras de Portugal y de España*, Madrid, Biblioteca Renacimiento.

